



Esta es la segunda parte de una historia.
¡Léela y luego... créala!

Nadie y los hermanos cíclopes

¡Qué larga se hace la noche a los prisioneros!
Con los primeros rayos del sol, el cíclope se despierta.
Está de buen humor.

Enciende el fuego, cuida de sus animales y, sintiendo
hambre, devora una vez más a dos hombres.

Después, aparta fácilmente la pesada piedra de su puerta
y saca a su rebaño al exterior. Por desgracia, no se
olvida de volver a colocar la roca en su sitio antes de
marcharse, haciendo mucho ruido al hacerlo.

Dentro de la cueva, Odiseo reza a los dioses. Espera su
ayuda. Busca una forma de escapar. No deja de pensar,
pues nunca le falta valor ni ingenio.
Es entonces cuando se fija en la enorme maza del
cíclope, casi del tamaño del mástil de un barco, que yace
en el suelo. Corta un trozo del tamaño de su brazo.

«¡Compañeros, venid a ayudarme, rápido!», grita.
«Demos forma a esta maza y convirtámosla en una lanza
afilada, y luego endurecémosla al fuego».

*¡Toma nota de la información más
importante del texto!*

*Tus notas pueden ser
Mapa mental
Tabla
Dibujo, etc.*





Esta es la segunda parte de una historia.
¡Léela y luego... créala!

Odiseo explica entonces su plan.

Esa noche, Polifemo regresa a la cueva con sus animales. Como hizo el día anterior, los coloca en sus corrales y vuelve a colocar la enorme roca delante de la entrada. Luego ordeña sus ovejas y cabras. Vierte la leche fresca en jarras. Coloca a los corderos jóvenes debajo de sus madres, reaviva el fuego y se sienta.

De repente, agarra a dos de sus prisioneros con una mano y los devora al instante. ¡Está encantado!

Odiseo se acerca a él con una copa de vino dulce sacada de su odre.

«Cíclope», le dice, «toma esto y bebe el vino».

Polifemo agradece el gesto, pero, receloso, solo se humedece los labios con la bebida desconocida. Luego, al encontrarla buena, la bebe con alegría hasta la última gota.

«Forastero, dame un poco más», exige. «Y dime tu nombre, para que pueda darte un regalo que te haga feliz».

«Mi nombre es Nadie», responde el astuto Odiseo. «Mi padre, mi madre y todos mis compañeros me llaman así». «¡Pues bien, Nadie! Te daré un regalo a cambio. ¡Un buen regalo! Para agradecerte tu amabilidad, ¡te comeré al final!».

Con eso, tras una sonora carcajada y una última copa de vino, Polifemo cae hacia atrás y se queda profundamente dormido.



Esta es la segunda parte de una historia.
¡Léela y luego... créala!

Sin perder un instante, el rey colocó la estaca afilada en el fuego. Reavivó el valor de sus aterrorizados compañeros. No tenían otra opción: atacar ahora o morir en las entrañas del monstruo.

Completamente ebrio, Polifemo no los vio ni los oyó. Seguía profundamente dormido.

Entonces Odiseo y cuatro de sus hombres más fuertes levantaron la enorme lanza al rojo vivo. Reunieron todo su valor. Corrieron hacia adelante, treparon sobre el gigante dormido y le clavaron el arma en el ojo. Odiseo apretó con todas sus fuerzas. Apretó y giró una y otra vez para ensanchar la herida.

Luego, rápido como un rayo, huyó con sus compañeros y se refugió en la parte trasera de la cueva.

Polifemo rugió. Gritó de dolor. La sangre brotaba de su herida. El calor de la madera le quemaba los párpados y la única ceja. Se levantó con un estruendo ensordecedor. ¡Era enorme, cuatro o cinco veces más grande que sus atacantes!

Enfurecido, se arrancó la lanza del ojo. Y con voz atronadora, llamó a sus hermanos cíclopes que vivían en las cuevas cercanas.



Esta es la segunda parte de una historia.
¡Léela y luego... créala!

«¿Por qué gritas?», le preguntaron sus hermanos cuando llegaron a la roca que sellaba su cueva.

«¿Te duele algo? ¿Estás enfermo?».

«No».

«¿Alguien está intentando matarte? ¿Por la fuerza o con engaños?».

«¡Con engaños!».

«¿Quién se atreve a hacerte daño? Lo castigaremos».

«Es... ¡es nadie!».

«Nadie? ¡Pobre tonto! Si estás solo en tu cueva y estás sufriendo, entonces tu sufrimiento debe provenir de Zeus. Sabes que es imposible escapar de su ira. ¡Así que acéptalo, Polifemo! Piensa si eres capaz de hacerlo o pide ayuda a nuestro padre Poseidón.

En cualquier caso, déjanos dormir. ¡Adiós!».

Al oírlos, Odiseo sonrió, su truco había funcionado. Su falso nombre los había engañado a todos. Ahora, lo único que quedaba era encontrar una forma de salir de esa cueva.



Esta es la segunda parte de una historia.
¡Léela y luego... créala!

«¡Te atraparé, hombrecito!», amenazó el cíclope, lleno de dolor. «¡Os atraparé a todos! ¡Me comeré hasta el último de vosotros, malditos griegos! Nadie, ¿dónde os escondéis?».

El gigante lo buscó con las yemas de los dedos. Agitó los brazos. Derribó todo lo que se encontraba a su paso. Chocó contra su taburete. Derribó quesos y jarras, provocando el pánico entre sus animales.